

después de este lance manifestaba una especie de impaciencia y pesadumbre cuando le hablaban de la indisposición sufrida. Por mi parte cuanto más conocía al marqués, tanto más me gustaban sus cualidades; parecíame que su modestia era tanto más laudable, porque tenía muchos motivos para creerse feliz. Convenida por último la época de nuestro enlace, sólo pensaba en proyectos de futura felicidad y especialmente de la mía. Si alguna vez le preguntaba por la causa de su melancolía, me hablaba de su padre y de su madre, y decíame que si viviesen sería incomparable su dicha al verlo casado de un modo tan conforme con su deseo; de este modo yo tenía que desistir de mi curiosidad. El marqués había adivinado la naturaleza de las relaciones que antes había tenido yo con madama Roland y con mi padre, aunque éste, al ver que mi casamiento aceleraba el suyo, me trataba con una bondad sin igual. De Harville me insinuó en varias ocasiones con el mejor tacto y delicadeza, que mis pasados disgustos aumentaban el amor que me tenía. Con este motivo le hablé del casamiento de mi padre y del cambio que esta unión debía producir en mi fortuna; pero él no me dejó concluir y manifestó el más noble desinterés. ¡Qué viles, decía yo, deben ser esas familias que no pueden convenirse con un hombre tan desinteresado!

— Así lo he conocido siempre — dijo Rodolfo — lleno de bondad, de generosidad y de pundonor... ¿Pero no le habéis hablado nunca de sus dos proyectos de casamiento?

— Confieso, monseñor, que varias veces se me ha ocurrido esa pregunta al ver su carácter tan bueno y tan leal... pero reflexionando luego que podía ofender esa misma bondad y esa misma lealtad, me he abstenido de comprometerle á hacerme ninguna declaración... Quanto más se acercaba el día de nuestra unión, tanto más dichoso parecía de Harville... á pesar de que en dos ó tres ocasiones le sorprendí sumergido en una profunda tristeza. Un día lo vi con los ojos arrasados de lágrimas, y al observar la expresión de su semblante cualquiera hubiese creído que deseaba confiarme un secreto importante, pero que no se atrevía... Ocurrióseme entonces hablar de sus casamientos fracasados y confieso que me estremecí involuntariamente. Un presentimiento secreto me advertía que en aquel misterio estaba cifrada la felicidad de toda mi vida... pero era tal mi deseo de dejar la casa de mi padre, que su vehemencia acalló todos mis temores.

— ¿No os ha dicho nada el marqués?

— Nada... Cuando algunas veces le he preguntado por la causa de su melancolía, me ha respondido: « Por dichoso que sea, parezco siempre triste. » Estas palabras pronunciadas con un tono afectuoso disipaban mis recelos... y además ¿cómo me atrevería yo á manifestarle una sospecha injuriosa acerca de lo pasado, y el momento en que sus ojos estaban arrasados de lágrimas?

Los testigos del marqués de Harville, que eran el duque de Lucenay y el vizconde de Saint Remy, llegaron á Aubiers antes de mi boda, á la cual fueron convidados mis parientes más cercanos. Acabada la misa debíamos salir para París... No era amor lo que me inspiraba de Harville, sino un vivo interés, una estimación afectuosa, y á no ser por lo que sobrevino después de esta fatal unión, sin duda me hubiera unido á él un sentimiento más firme... Por fin nos casamos...

Perdió el color Clemencia al decir estas palabras, faltóle por un momento la serenidad y por último continuó de este modo.

Quando nos desposamos, mi padre me estrechó entre sus brazos. Madama Roland me abrazó también, y como había delante tantas personas no pude librarme de su hipócrita demostración de cariño: con su seca y blanca mano apretó la mía hasta hacerme daño, y me dijo al oído con voz páfida y melosa estas palabras que nunca olvidaré: « Acordaos de mí en medio de vuestra felicidad, porque soy yo quien he hecho vuestro casamiento. ¡ Ah! ¡ cuán lejos estaba entonces de conocer el verdadero sentido de tales palabras! Á las once nos casamos, y pocos momentos después entramos en el coche y nos pusimos en marcha con una doncella mía y el ayuda de cámara de mi marido; viajábamos con tanta rapidez, que antes de las diez de la noche llegábamos á París. Confieso que el silencio y la melancolía de Harville me hubieran sorprendido, á no saber por lo que él me había dicho, que tenía una *alegría triste*. Por otro lado, yo me sentía también muy conmovida, pues era la primera vez que venía á París desde la muerte de mi madre, y llegaba sola con mi marido á quien sólo había conocido por espacio de seis semanas, y el cual no me había dicho hasta la misma víspera una sola palabra sin la formalidad más respetuosa. Acaso no se mira con bastante atención el temor que nos causa ese cambio repentino de tono y de maneras, que se observa hasta en los hombres de mejor educación, desde el momento en que les pertenecemos... No se echa de ver que una joven no puede olvidar en algunas horas la timidez y los escrúpulos propios de su edad y de su sexo.

— Nada me ha parecido jamás tan bárbaro y salvaje — dijo Rodolfo — como esa costumbre de apoderarse brutalmente de una joven como si fuera una presa, siendo así que el matrimonio debiera considerarse como la consagración del derecho de emplear todos los recursos del amor y todos los halagos de la ternura para hacerse querer.

— Ya veo que comprendéis, monseñor, el vago terror con que entré en París, en donde apenas hacía un año que había muerto mi madre. Llegamos por fin á la casa de Harville...

Fué tal la agitación de la marquesa al llegar á este punto, que su rostro se alteró visiblemente, y dijo con voz muy conmovida:

— Sin embargo, es preciso que lo sepáis todo... porque sino... os parecería muy despreciable... ¡ Pues bien ! — añadió con una resolución desesperada — me condujeron á la habitación que me tenían destinada... y me dejaron sola... Al cabo de una hora entró mi marido... Hube de morir de terror... los sollozos me sofocaban... pero era suya y... tenía que resignarme... En esto mi marido dió un grito horrible, me agarró por un brazo con tal violencia que creí que me le rompía... en vano intenté librarme de aquella tenaza de hierro... implorar su piedad era inútil... porque no me oía... su rostro estaba agitado por espantosas convulsiones... sus ojos se revolvían en las órbitas con una rapidez que me aterraba... echaba por la boca una espuma ensangrentada... y cada vez me apretaba más el brazo... Hice un esfuerzo desesperado... solté por fin y caí desmayada en el momento en que de Harville se retorció en el horrible paroxismo de su mal... Tal fué mi noche de boda, monseñor... Tal fué la venganza de madama Roland !...

— ¡ Desgraciada criatura ! dijo Rodolfo enternecido — la epilepsia.

— ¡ Oh ! maldita sea aquella noche fatal ! — dijo Clemencia con una voz que desgarraba el corazón ; — mi hija, mi inocente hija ha heredado esa espantosa enfermedad...

— ¿ Vuestra hija... también ? ¿ Será posible ? ¿ su palidez... su debilidad ?...

— Sí, monseñor... ¡ Dios de misericordia !... Ese es su mal ; y los médicos lo creen incurable... porque es hereditario...

La marquesa se cubrió el rostro con las manos : agobiada por la revelación que acababa de hacer faltóla el valor para añadir una sola palabra.

Rodolfo guardó silencio.

Su imaginación se confundía pensando en los misterios de aquella noche cruel...

Figurábase en su mente á Clemencia triste y abatida al volver á la ciudad en donde había muerto su madre ; la veía llegar á una casa desconocida, sola con un hombre á quien profesaba alguna estimación, pero no amor, no ese afecto que turba deliciosamente el espíritu, que embriaga el corazón de una mujer y la hace olvidar su honesto temor ante una pasión legítima y correspondida... No ; Clemencia llegó sumergida en el más negro dolor : llegó triste con el corazón tranquilo, la frente cubierta de rubor y los ojos anegados en llanto... Se resignó, es verdad ; pero en lugar de oír palabras de amor y de ternura que la consolasen y la hiciesen conocer la felicidad esperada... vió rodar á sus pies un hombre que se retorció, y rugía como una bestia feroz en medio de las horribles convulsiones de una enfermedad incurable y espantosa.

Su hija también, la hija de su corazón heredó al nacer el terrible mal de su padre...

Esta dolorosa revelación inspiró á Rodolfo crueles y amargas reflexiones.



Harville se retorció en el horrible paroxismo de su mal.

Tal es la ley de este país, dijo para sí.

Una joven hermosa y pura, víctima leal y confiada de un funesto engaño, une su destino al de un hombre que padece una enfermedad espantosa, que como herencia fatal debe transmitir á sus hijos. La desgraciada descubre este horrible misterio... sin que nada pueda hacer para salvarse.

Nada más que padecer y llorar; nada más que dominar su disgusto y su horror... vivir sumida en el terror y la amargura... quién sabe si buscar un consuelo criminal fuera del círculo de angustia y desolación en que arteramente la encerraron.

Estas leyes singulares, decía Rodolfo, obligan á uno á hacer comparaciones vergonzosas y degradantes para la humanidad...

Según estas leyes, los animales parecen superiores al hombre por el esmero con que se les cría y se procura mejorarlos, y por la seguridad y protección que se les dispensa... Si compramos un animal, y después de cerrado el contrato descubrimos en él alguno de los males ó vicios señalados por la ley... la venta es nula. ; Sería una indignidad, un crimen de lesa sociedad, obligar á un hombre á quedarse con un animal que tose de cuando en cuando, que da cornadas ó que cocea ! ; Oh ! ; escándalo sin igual ! ; Qué espantosas consecuencias no puede traer esto consigo para la humanidad entera ?... En estos casos no hay contrato que se respete, ni palabra que deba cumplirse... porque la ley omnipotente releva de toda obligación al engañado...

Pero si se trata de una criatura hecha á imagen de Dios, de una joven que, unida con lealtad y buena fe á un hombre que creyó sano hasta el día de su boda, descubre al otro día que es epiléptico, que padece una enfermedad de espantosas consecuencias morales y físicas ; una enfermedad que puede introducir el odio y la aversión en la familia, perpetuar un mal horrible y viciar generaciones enteras... entonces esta ley tan inexorable con respecto á los animales que cojean, cornean ó tosen, esta ley tan previsora que no permite que un caballo lisiado sirva para la reproducción... esta ley, se guarda muy bien de librar á la víctima humana de semejante unión... porque sus lazos son sagrados é insolubles y el romperlos ó desatarlos sería ofender á Dios y á los hombres.

Á la verdad — se decía Rodolfo — el hombre se entrega á veces á una humillación muy vergonzosa, y se deja llevar otras de un egoísmo y de un orgullo detestables... Hácese inferior á la bestia confiriéndola garantías que se niega á sí mismo ; y consagra y perpetúa las enfermedades más terribles, poniéndolas bajo la protección de las leyes divinas y humanas.